

Del Oriente al Occidente

Quebec

JOSÉ SUÁREZ ARIAS-CACHERO



Las elecciones en la provincia de Quebec fueron ganadas por los nacionalistas del Parti Québécois con un programa cuyo primer punto es convocar un referéndum para que los ciudadanos decidan si quieren independizarse del Canadá.

La historia de la «bella provincia» es una interesante lección a tener en cuenta en España, donde se saca de quicio todo lo relativo a la unidad «nacional» y donde cada vez que se cuestiona tan sagrado principio se mencionan las armas y la sangre.

En Canadá todo el mundo acepta que la decisión de separarse compete a los quebequeses y las únicas limitaciones a su derecho de autodeterminación son que esta decisión sea tomada por mayoría y que el nuevo estado asuma la parte correspondiente de los compromi-

tos internacionales del Canadá, incluida por supuesto su deuda pública y externa. Nada más.

Las distintas partes aceptan las reglas del juego y respetarán escrupulosamente el resultado de la votación, cómo ya hicieron en otra ocasión anterior. Y eso que la secesión de Quebec dejaría partido en dos al resto del Canadá y su territorio posee una parte sustancial de los recursos que convierten a este país en uno de los más ricos del mundo y miembro del G-7, que determina en buena medida las orientaciones de la economía mundial.

También es cierto que los independentistas, si ganan, no van a levantar fronteras y que suscriben el Tratado de Libre Comercio con México y los Estados Unidos, por lo que las implicaciones de su soberanía no son sino un reconoci-

miento internacional y el incremento de su ya amplio autogobierno.

Esta manera tan tranquila de afrontar las situaciones políticas e históricas no es extraña en una sociedad como la canadiense que ya en 1878 echó de su cargo de primer ministro a uno de los padres de la patria, el dirigente liberal Alexander Mackenzie, por un caso de corrupción denunciado por la prensa y dando paso a casi 20 años de gobiernos conservadores.

¿Por qué aquí lo haremos todo tan difícil?, ojalá aprendiéramos de aquellas sociedades que creen que la democracia es sobre todo una cuestión de formas y que la base de la convivencia y de la prosperidad está en establecer y respetar unas reglas de juego que luego son sagradas para todos. Para los que ganan y también para los que pierden.

Entre paréntesis

Carmencita Bordiú

LUIS MEANA

En los sueños morganáticos de aquellas dos momias, esta niña de largos silencios, Carmencita Martínez-Bordiú Franco, estaba llamada a ser la belleza latina perfecta. En aquel cuarto de muñecas, esta niña iba a ser lo que sería luego Carolina de Mónaco, pero en España, es decir, una belleza limpia y morena. Cálculo para el que no se tuvo en cuenta la tozudez de la genética: no es lo mismo venir de Grace Kelly que de una señora a la que a los cuarenta ya le urgía un «lifting», no es lo mismo tener en el árbol genealógico-genético a un pirata muy moreno, que a un chusquero gallego. A la niña le sobraba capital genético para convertirse en princesa de todos los cuartos de banderas de España, pero le faltaba capital genético para ser esa hija hermosísima de agricultor —Claudia Cardinale— que logra seducir, con su belleza napolitana, al heredero del Gatopardo. Así que hubo que variar las previsiones sucesorias. Trataron de convertirla, entonces, en una especie de Marisol de los salones de España, adolescente fresca, grácil y simpática que siempre tenía un gorgorito de gracia para todos. Pero tampoco así se convirtió en «best-seller». Con lo que hubo que volver a revisar las previsiones sucesorias. Las momias morganáticas hicieron, entonces, una última apuesta y pusieron todo el capital sobre la mesa. En las noches algo tristes de esta niña de largos silencios apareció, de pronto, un prínci-

pe desencantado que deambulaba por la historia de España. Las momias morganáticas se dispusieron a convertirla en la Sissí Emperatriz de España: una princesa buena que salva a una dinastía mala. Sueño para el que, evidentemente, a la niña no le daba el cuero: entre otras cosas, porque en estas niñas tal ilusión no es el resultado de ninguna dura selección histórica, sino el resultado de esa seudoselección, provocada por las revoluciones políticas, que sólo da elites falsas. El poder puede improvisarse, pero no la verdadera clase. Esa no admite saltos. Igual que su amiga de siempre, Isabel Presley, esta niña de largos silencios llevaba una mancha de chorizo histórico-genético en la enagua —el alto Estado Mayor en Salamanca— y esa mancha, que se le veía en cuanto le levantaban un poco las faldas, y se las levantaban bastante, hay que pagarla. Llegan ahora noticias de que tampoco en su última reencarnación ha tenido demasiada suerte: en el intento de convertirse en una porcelanosa de los finísimos salones de los Champs Elysées de Francia. En nuestra memoria, esta Carmencita Bordiú aparece siempre como una vaga y nebulosa nada histórica a la que alguien ha puesto, almidonada, sobre una escalera del palacio del Pardo; como un personaje al que nunca nadie le encuentra su obra. Todo por culpa de una mancha de chorizo legionario que ningún quitamanchas logró arrancarle nunca de su enagua de cretona blanca.

Quesada



En Verines tuvo que ser

CARLOS GALLEGO



En Verines tuvo que ser, ignoro si con su carita plateada, donde la ministra de Cultura, Carmen Alborch, manifestó que cuando deje el Ministerio será escritora. Hace bien pocos días en Lanzarote, ignoro si con su carita plateada, la «cultura sonrisa» del felipismo comentó que le encantaría ser hippy y dedicarse a la artesanía alpargateril en los mercados de Ibiza y Formentera. ¿No es un cielo nuestra Ministra? La adoro, porque tanto se asemeja a mi hijo que un día quiere (cuando sea mayor) ser tenista (si ve a Bruguera en la tele), otro hacerse futbolista (si lo que hay es un partido), otro al primo cachas de Zumosol (si tocan anuncios), y así sucesivamente. Claro que mi guaje tiene siete añinos y la encargada de dinamizar, promover, y potenciar la cultura española, algunos más. A propósito de edades, observo que la foto de Jesús

Farpón que publicó este periódico, cómo los escritores que se reunieron en Verines son casi todos jóvenes promesas, excepto algún que otro maestro. Y es que, en esto de la literatura, a uno se le puede considerar joven hasta los sesenta años, y luego, irremediablemente y sin etapas intermedias, pasar como por decreto a ostentar el vitalicio título de maestro. A mí, esta clase de encuentros, foros, reuniones, etcétera, me ulceran el corazón hasta lo indecible, por la trascendencia con la que pretenden sus mentores justificar su utilidad, cuando en el fondo todos sabemos que de lo se trata es de dar un asueto al personal creativo con pedigrí, para ver si alguno de entre ellos eyacula de su cavidad intelectual una frase lo suficientemente ingeniosa, capaz de llevarse un titular periodístico, y así poder reivindicar la celebración de un próximo «party». ¿Es una especie de resentimiento lo que mi pecho alberga,

como la zorra, que no pudiendo alcanzar de una parra los hermosos racimos de uvas, se alejó de ellos diciéndose a sí misma: están verdes? En absoluto. Me parece fetén que los más aplicados y listos de la clase se vayan de marcha, siempre y cuando la ruta del «bakalao» que siguen durante todo el año no nos la quieran astutamente tamizar con música sacra y perfumar con incienso. En este sentido, ya no se puede aseverar que escribir en España equivalga a llorar, pues raro es el escritor al que no le cae una invitacioncilla para que pueda lucir su excelsa clarividencia ante colegas y prensa, resarcándose de esta manera del oscurantismo a que se ve sometido durante el resto del año. Yo mismo he ido a esa clase de eventos (he aquí la prueba) y he podido observar como de inmediato se forman dos grupos: el de los tristes y convencidos de su rol pro-

tagónico, hasta el punto de que no salen del hotel, como si el mundo estuviera esperando ansiosamente sus declaraciones (algo parecido a cuando muere el Papa y la cristiandad aguarda el color de la fumata); y el de los nada metafísicos parias que, sabedores de que jamás formarán parte del sistema (el que barrió a Conde del paraíso) se dedican con insistencia a mirar el reloj en las tediosas y ya sabidas ponencias para, en cuanto llegue el recreo, salir pitando e ir a «tasquear» por todas y cada una de las tabernas de la ciudad o pueblo donde se celebra el conciliábulo. Mas, cojamos el toro por los cuernos. Sucede, y éste es el quid de la cuestión, que al escritor cuando le llega un éxito, empieza a inundarse el buzón, no de propaganda (que también) sino de peticiones para que asista a estrenos, cocteles, congresos, conmemoraciones, mesas redondas, pregones, e inclu-

so para que dirija un programa de televisión o sea tertuliano en una importante cadena radiofónica, que es al fin y a la postre lo que ansiamos casi todos para dejar de escribir, ya que —no se lo digan a nadie— está muy mal pagado y es una atroz y dolorosa agonía solo apta para «masocas» y mentes de análoga perversidad. Por eso, el que puede, sale del infierno y el que no, reza porque le inviten a un edén como Pendueles, donde pueda olvidar su ingrata tarea y consolarse con los de su frenopática profesión. La Ministra, cuyas dos visitas a Asturias apenas tuvo tiempo de tomarse un cafelito con Amelia Valcárcel, desea —ya lo ven— ser escritora, y me congratulo de veras que haya anunciado al mundo tan sublime decisión en nuestra tierra, que tanta falta le hace ser protagonista de acontecimientos tan grandiosos.

¡¡¡Sí!!! En Verines tuvo que ser, ignoro si con su carita plateada.